

cráticas atenienses puede encontrarse en este texto, y es, pienso, significativo por este tipo de actitud radicalmente aristocrática.

Esta tesis aristocrática es la siguiente. El *demos*, la gente, son la mayoría. Dado que son la mayoría, el *demos* está también compuesto por los más ordinarios, e incluso los peores, ciudadanos. Por consiguiente el *demos* no puede estar compuesto por los mejores ciudadanos. Y entonces, lo que es lo mejor para el *demos* puede no ser lo que es mejor para la *polis*, para la ciudad. Con este argumento general como fundamento, el "Viejo Oligarca" irónicamente elogia las instituciones democráticas de Atenas; y hay algunos extensos pasajes que caricaturizan la libertad de discurso.

Podría decir alguno que no se les debería permitir a todos hablar en la Asamblea por turno ni ser miembro del Consejo, sino a los más capacitados y a los hombres mejores. Pero, incluso en este punto, toman la mejor decisión, permitiendo que hablen también las personas de baja condición. Naturalmente si las personas importantes hablaran y fueran miembros del Consejo, sería bueno para los de su misma clase, mas no lo sería para los partidarios del pueblo. Al hablar, en cambio, ahora cualquiera que se levante, una persona de baja condición procura lo bueno para sí y para los de su misma clase. Se podría argumentar: "Pero ¿qué bien puede proponer para sí o para el pueblo semejante persona?" Con todo, ellos opinan que la ignorancia, la bajeza y la buena intención de ese hombre les es más ventajosa que la excelencia, la sabiduría y la malevolencia del hombre importante. Realmente el país no será el mejor con semejantes instituciones, pero la democracia se mantendrá así mejor. En efecto, el pueblo no quiere ser esclavo, aunque el país sea bien gobernado, sino ser libre y mandar, y poco le importa el mal gobierno, pues de aquello por lo que tú piensas que no está bien gobernado, el propio pueblo saca fuerza de ello y es libre. Mas si buscas un buen gobierno, verás, primero a los más capacitados establecer las leyes; después, a las personas importantes reprimiendo a los de baja condición, decidiendo en consejo sobre el país y no permitiendo a los hombres exaltados ser miembros del Consejo ni hablar ni celebrar asambleas. Como consecuencia de estas excelentes medidas, muy pronto el pueblo se verá abocado a la esclavitud.<sup>56</sup>

Ahora me gustaría cambiar a otro texto que presenta una posición mucho más moderada. Es un texto escrito por Isócrates a mitad del siglo IV: e Isócrates se refiere varias veces a la noción de *parresía* y al problema del libre discurso en una democracia. A principios de esta gran oración, "Sobre la paz" [*περὶ εἰρήνης*] escrita en el 355 a.C., Isócrates contrasta la actitud de la gente de Atenas hacia el recibir consejos acerca de sus asuntos privados cuando consultan individuos razonables, bien educados, con la manera en que ellos consideran el consejo cuando se enfrentan con los asuntos públicos y las actividades políticas.

(...) Por el contrario, cuando tomáis una resolución sobre vuestros asuntos particulares, buscáis como consejeros a quienes son más inteligentes que vosotros mismos, pero cuando os reunís en asamblea a favor de la ciudad, desconfiáis de tales consejeros y los aborrecéis. Rodeáis de elogios, en cambio, a los peores de cuantos suben a la tribuna y pensáis que son más útiles al pueblo los embriagados que los sobrios, los necios que los inteligentes, los que se reparten los fondos estatales que quienes sostienen un servicio público con sus fortunas particulares. Por eso hay que sorprenderse si alguno espera que la ciudad mejore utilizando tales consejeros.<sup>57</sup>

Pero no solamente los atenienses escuchan a los más depravados oradores: incluso no quieren escuchar a los verdaderamente buenos oradores, por eso les niegan la posibilidad de ser escuchados:

Veo que vosotros no concedéis idéntica audiencia a todos los oradores, sino que a unos les premiáis con atención, y de otros, en cambio, no soportáis la voz. Y no hacéis nada sorprendente. Pues ya antes solíais expulsar a todos menos a quienes hablaban de acuerdo a vuestros deseos.<sup>58</sup>

Y eso, pienso, es importante. Porque ustedes ven que la diferencia entre el buen y el mal orador no se encuentra, primariamente, en el hecho de que uno da buenos consejos mientras el otro